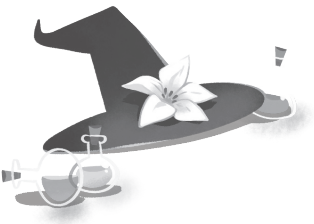
WITCHLINGS

CLARIBEL A. ORTEGA

WITCHLINGS



TRADUCCIÓN DE
ESTÍBALIZ MONTERO INIESTA

Duomo ediciones

Título original: *Witchlings*
Ilustraciones: Lissy Marlin
Diseño: Christopher Stengel
Maquetación: Endoradisseny

© 2022 by Claribel Ortega
Publicado gracias al acuerdo con New Leaf Literary & Media, a través de International Editors & Yañez' Co.
© 2023, de la traducción, Estíbaliz Montero Iniesta
© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

ISBN: 979-13-87574-06-2
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 7.479-2025

Primera edición: mayo de 2023
Primera edición en este formato: septiembre de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

PARA TODO AQUEL QUE ALGUNA VEZ
HAYA SENTIDO QUE NO ENCAJABA.
ESTA HISTORIA ES PARA TI.

ÍNDICE

1. Cualquier cosa menos una bruja de repuesto 11
2. Witchlings para siempre 27
3. La tarea imposible 36
4. Montaña rusa a Ciudad Desesperación 41
5. Es demasiado temprano para cazar monstruos 47
6. Valle Pimienta es una abusona 58
7. Fortachón desaparece 77
8. El problema con Espina 86
9. Venenos, libros y peleas 106
10. Witchlings tostadas 126
11. Liviana como una pluma 131
12. La Cabaña de Luz de Estrellas 137
13. La cueva de la Bestia Nocturna 150
14. Así que has perdido a tu mejor amiga, ¿eh? 166
15. Los Mapaches de Villaciénaga contra los Tenedores del Rayo de Villatormenta 170
16. La verdad sobre Villaciénaga 186
17. Un descubrimiento desafortunado 196

18. Una fiesta de pijamas peligrosa, caótica y un poco divertida 201
19. Auténticas espías 218
20. Una poción secreta 233
21. Witchlings ancianas 238
22. Un recuerdo robado 258
23. Quedan tres días 264
24. ¿Qué pasó en el bosque? 277
25. La última noche 281
26. Oler las rosas 290
27. Contemplad a la Bestia Nocturna 296
28. Valle, Siete, Espina 317
29. Un camino largo y sinuoso 325
30. El festival del Rey Acebo 329
Epílogo 339
Agradecimientos 345
Sobre la autora 349

En la oscuridad del bosque,
escucha, escucha bien…
Todos los ruiditos que oigas
pueden pertenecer a la cosa que lo habita:
el crujido de las hojas, una sutil brisa
o un monstruo que respira.
¡Uy! El monstruo te está cazando…
Es demasiado tarde,
lo hemos dejado suelto.
Las ventanas hay que cerrar, las luces hay que apagar,
a los niños con fuerza hay que abrazar.
Colgad la ruda y prestad atención a las campanillas,
tened cuidado, tened cuidado
de la cosa que en el bosque habita.

«La balada de la Bestia Nocturna»,
del *Libro de Canciones Populares de las Doce Ciudades*

CAPÍTULO 1

CUALQUIER COSA MENOS UNA BRUJA DE REPUESTO

ERA LA NOCHE DE LA CEREMONIA de la Luna Negra y lo último que Siete Salazar quería era ser una bruja de repuesto. Ahora que tenía doce años, le asignarían un aquelarre, pero como en todas las ceremonias anteriores a aquella, esa noche se decretaría que sobraban tres brujas: las de repuesto. Nadie quería ser una bruja de repuesto. Siete había hecho todo lo que se le había ocurrido: había estudiado para los exámenes CAT y había asistido a todos los acontecimientos sociales brujeriles que le habían cabido en el calendario. Incluso se había unido al equipo de carreras de sapos y le había tocado el sapo más lento y cascarrabias de todos. Por lo menos, su nombre, Edgar Allan Sapo, lo compensaba *un poco*. Pero solo un poco.

No es que Siete estuviera *obligada* a hacer esas cosas. Todos los niños de su curso podían participar en la ceremonia de la Luna Negra, por supuesto, pero entre las brujas existía

la antigua creencia de que, cuanto más estudiaras y trabajaras, más probabilidades tendrías de que te tocara uno de los aquelarres *chulos*.

Siete se ató los cordones de sus botas militares y se puso su sudadera púrpura extragrande antes de inmovilizar su sombrero puntiagudo sobre sus rizos con unas horquillas. Cuando llegara a la plaza del pueblo le darían una enorme túnica ceremonial negra, pero era fina y esa noche hacía frío. No quería que se le helara el trasero. Le escribió un mensaje de texto rápido a su mejor amiga, Amapola, en el que le decía lo emocionada que estaba por lo que iba a ocurrir esa noche.

«Normal —respondió Amapola—. ¡Yo también! ¡Qué ganas tengo de que seamos hermanas de aquelarre!»

Siete sonrió al leer el mensaje y entró en la cocina, donde su madre, Fox, estaba metiendo el pastel de celebración en la nevera para que se enfriase.

—Siete, tienes tu amuleto, ¿verdad? —Fox se limpió sus delgados dedos en el delantal y dejó sueltos sus rizos rojos.

—Claro, es lo único que necesito esta noche, mamá —respondió Siete mientras levantaba el amuleto que le colgaba del cuello.

Más tarde, esa misma noche, se iluminaría del mismo color que los de las demás brujas de su aquelarre. «Por favor, que se tiña de morado». Ese era el color de la Casa del Jacinto, el aquelarre al que Siete y Amapola soñaban con pertenecer durante el resto de sus vidas.

—Recuerda que las cosas saldrán bien, pase lo que pase esta noche —dijo Fox.

—Para ti es fácil decirlo —refunfuñó Siete mientras echa-

ba un vistazo al brillante amuleto de color aguamarina que colgaba del collar que su madre llevaba puesto siempre. Aquella piedra azul representaba a la Casa de las Estrellas, uno de los aquelarres más populares.

Siete tendría muchas más posibilidades de ver cumplido su mayor sueño, convertirse en una periodista famosa en el mundo de las brujas, si entraba en uno de los aquelarres más poderosos, igual que su madre. Era más o menos lo contrario a ser una bruja de repuesto. Porque ser una bruja de repuesto significaba que tu destino y tu magia no coincidían con los de nadie más. Ser una bruja de repuesto significaba que no encajabas. Y Siete estaba desesperada por encajar.

Mientras Fox iba de aquí para allá en la cocina, la luz de la luna cayó sobre su colgante y a su alrededor todo pareció adornado con estrellas resplandecientes. Siete solía preguntarse si su madre se llamaba así por su pelo rojo, como el de los zorros, que a ella siempre le parecía que le daba un aspecto encantador en conjunto con su piel tostada y su cara pecosa. Siete se parecía más a su padre: tenía la piel muy morena y rizos oscuros. Pero ahora sabía que era más probable que su madre se llamara Fox por lo astuta que era. En su mundo, las Doce Ciudades, el nombre de un niño era una profecía que transmitían las abuelas o la Abuela de la ciudad, la líder. Siete no tenía ni idea de lo que significaba su nombre, al menos, no todavía. Pero como sucedía con el nombre de cualquier habitante de Matacuervos, algún día descubriría su significado. Solo era cuestión de tiempo.

Siete empezó a tamborilear con los dedos sobre el objeto más cercano, intentando imitar el ritmo acelerado de su corazón.

—¿Sigues nerviosa por si acabas siendo una bruja de repuesto? —preguntó el padre de Siete, Talis, cuando entró en la cocina.

Llevaba en brazos a su hermanito, Braucherei, a quien todo el mundo llamaba cariñosamente Fortachón, debido a su redondez y a su inusual fuerza. También era muy alto para su edad y ya medía tres sapímetros de largo. De bebé, Siete solo había medido dos. Fortachón tiró a su padre de la oreja y Talis se encogió: el bebé podía llegar a hacer bastante daño. Siete se frotó el cuero cabelludo, recordando esas ocasiones en las que Fortachón le tiraba de los rizos.

—No estoy solo nerviosa, papá. Me estoy volviendo *loca*. ¿Qué pasará si resulta que no me he esforzado lo suficiente, o si la magia funciona mal por lo que sea, o —Siete bajó la voz hasta transformarla en un susurro siniestro— si me toca con Valle?

Valle Pimienta era lo *peor*. Llevaba intimidando a Siete desde siempre, por lo que ella recordaba. Le metía cosas raras en la mochila, escondía a Edgar Allan Sapo antes de una carrera o echaba miradas asesinas a Siete y a Amapola. Era mala, aterradora y venía de una de las familias de la Colina. Eran las brujas más ricas de la ciudad y se creían que lo controlaban todo. Bueno, en realidad *sí* lo controlaban todo. Las únicas brujas a las que no podían enfrentarse eran la Abuela y el Tío.

—No es muy probable que eso ocurra, pero, aunque suceda, cualquier bruja puede ser una buena amiga si le das una oportunidad —dijo su madre.

Siete contuvo un resoplido. Estaba bastante convencida de que Valle era un cuco o, como mínimo, mitad duende. Sus

padres no habían visto cómo contestaba Valle a sus profesores, ni sabían que no parecía preocuparse por los deberes o que siempre iba a su bola y hacía cosas a escondidas que probablemente eran terribles. A veces, si Siete pensaba en ello, si se imaginaba cómo habría sido su vida sin Amapola y sin su familia, casi se sentía triste por Valle, que no tenía amigos pero sí los padres más aterradores de la historia. Pero luego Valle hacía alguna otra cosa horrible y Siete dejaba de sentirse tan mal por ella.

De todos modos, nada de aquello importaría después de esa noche, se recordó Siete a sí misma, porque una vez que ella y Amapola entraran en la Casa del Jacinto, no tendrían que tratar con Valle nunca más.

En todas las ceremonias de la Luna Negra de Matacuervos que había investigado para estar bien preparada, los mejores amigos siempre habían acabado en el mismo aquelarre. Tiordan Susurros, le reportere más famose y genial de todos los tiempos y le ídole de Siete, había entrado en la Casa del Jacinto con su mejor amigo, Plumilla Killian, que ahora era propietario del periódico *El Graznido del Cuervo*. Eran un dúo dinámico y Siete deseaba con todas sus fuerzas que ella y Amapola pudieran seguir sus pasos.

—En marcha. Ya es casi medianoche y la Abuela nos echará una maldición si llegamos tarde. —Talis gruñó al meter a Fortachón en su carrito. El bebé sacó las piernecitas y lo arrulló con alegría mientras le abrochaba el cinturón. Cuando acabó, Talis se arrodilló frente a Siete—. ¿Un abrazo de buena suerte? —preguntó, y Siete sonrió mientras su padre le daba un cálido abrazo.

Talis, abreviatura de Talismán, siempre había tenido suer-

te. Siete le pellizcaba las mejillas antes de un examen para conseguir un poco de fortuna adicional. Un colgante azul muy brillante le rodeaba el cuello, del mismo color que el de su madre. Al fin y al cabo, así era como se habían conocido sus padres: de niños habían entrado en el mismo aquelarre.

—No importa lo que ocurra esta noche, todos estamos orgullosos de ti —dijo Talis.

Siete hizo una mueca.

—¿Incluso Fortachón?

Talis se rio.

—Él más que nadie. No tiene ni idea de lo que está pasando, pero, aun así, también está orgulloso de ti. En marcha.

Para llegar a la plaza de la ciudad había que cruzar el cementerio, pasar por debajo de un puente y dejar atrás la librería Manzana Magullada, de la que hacía poco que se había hecho cargo una familia nueva en la ciudad. Una sombra atravesó la noche y Siete pegó un bote y se agarró al brazo de su madre.

—Solo era un conejo —le dijo Fox con suavidad.

Siete soltó una risita nerviosa.

—Ya lo sabía.

No lo sabía.

En los últimos tiempos había habido avistamientos. Avistamientos de un monstruo al que llamaban la Bestia Nocturna, un lobo gigante que se zampaba a las witchlings. O, al menos, ese era el rumor que corría en la escuela de Siete. Los profesores les habían asegurado que solo eran habladurías, pero ella se había fijado en que las brujas más mayores de la ciudad habían empezado a hechizar las puertas de sus jardines para repeler a los intrusos, a colgar ruda en las rejas

de las ventanas y encima de las puertas, y a entrar en pánico al acercarse a los tablones de anuncios de Matacuervos. Eran señales de que había una criatura al acecho.

Siete había recorrido aquel camino cientos de veces, y lo había hecho a solas en muchas de esas ocasiones. Esa noche, se sintió agradecida de tener la compañía de su familia durante aquel trayecto frío y oscuro. Aunque solo hubiera sido un conejo.

Los Salazar llegaron justo cuando las otras familias se reunían alrededor de la fuente con cascada que había en el centro de la ciudad. Se distinguían farolillos colgando de los árboles que rodeaban la plaza, agrupados de cinco en cinco para simbolizar los nuevos aquelarres. Arrojaban una cálida y brillante luz naranja sobre todo lo que tocaban y dejaban algunos rincones ocultos en las sombras.

Amapola y su madre, que ya estaban allí, saludaron a Siete cuando esta ocupó su lugar en el círculo alrededor de la fuente, y Siete sintió una oleada de felicidad. Su amiga de toda la vida corrió hacia ella y todas las miradas parecieron seguirla. Amapola siempre había sido la más popular de las dos: era todo alegría y optimismo, mientras que Siete poseía una ansiosa determinación. Pero siempre se habían llevado bien.

—Siete, no he dormido nada de nada, ni un segundo —dijo Amapola sin aliento.

—Yo tampoco. Siento que los ojos me van a explotar —respondió Siete.

Amapola se rio.

—Luego comeremos pastel en mi casa —la informó Siete.

—¿De piña? —Amapola enarcó una ceja.

—Por supuesto —confirmó Siete con una sonrisa.

El pastel de mermelada de piña era su favorito y la receta de su familia era famosa.

La multitud empezó a susurrar con inquietud. Ya casi era la hora.

—No importa lo que pase —dijo Amapola a toda prisa—. Seguiremos siendo amigas. Da igual en qué aquelarre estemos, ¿trato hecho? —Le tendió el meñique a su mejor amiga.

—Hecho.

Siete entrelazó el meñique con el de Amapola y ambas balancearon los brazos de un lado a otro tres veces. Ambas witchlings estallaron en risas; sentían tal emoción por aquella ceremonia que les resultaba imposible contenerla.

Se abrazaron y Amapola volvió corriendo con sus padres.

El Tío de la ciudad, el segundo al mando de la Abuela, deambulaba entre las brujitas y entregaba una larga capa negra a cada una de ellas. Era el brujo más poderoso de Matacuervos, después de la Abuela. El poder de las Abuelas procedía de las estrellas, mientras que el de los Tíos provenía de la naturaleza, e incluso podían hablar con los animales. El Tío no solo era la mano derecha de la Abuela en todo lo que hacía, sino que también actuaba de intermediario con todos los animales de Matacuervos y estaba a cargo de ellos, un trabajo sumamente importante. Se había puesto la habitual túnica para ocasiones especiales de su cargo, adornada con árboles y varios animales hechizados que se movían por la tela y, por supuesto, el broche de pájaros azulejos que había recibido al convertirse en Tío.

—Aquí tienes, Siete Salazar, ¿correcto? —preguntó el Tío cuando llegó junto a Siete.

—Sí. —Siete aceptó la túnica negra doblada y el Tío se agachó para arrullar a Fortachón.

—¡Qué piececillos tan rechonchos! —exclamó el Tío con dulzura.

En ese momento, Fortachón agarró el sombrero verde peludo del Tío y empezó a mordisquearlo.

—Lo siento mucho —dijo Siete, arrancándole el sombrero de las manos a Fortachón con cierta dificultad y devolviéndoselo al Tío, que se limitó a reír y pasó a la siguiente witchling.

Talis y Fox se retiraron al círculo exterior de espectadores con Fortachón a cuestas y, cuando se juntaron con los demás padres, le dedicaron a Siete una sonrisa alentadora y sacaron fotos.

La ceremonia estaba a punto de empezar.

Siete se puso su túnica, respiró hondo y canturreó en voz baja como si fuera un hechizo salvavidas: «Bruja de repuesto, no; bruja de repuesto, no; bruja de repuesto, no».

—¡Lo siento! —Alguien chocó con Siete desde detrás y estuvo a punto de tirarla a la fuente, que ahora brillaba de un verde intenso.

—Cuidado —dijo Siete, enderezándose para enfrentarse a la chica que la había empujado. No la había visto nunca—. La Abuela nos está mirando.

La Abuela había llegado y estaba de pie en una plataforma flotante en el centro de la fuente. El agua salpicaba justo a sus pies. Aunque estaba oscuro y había niebla, parecía observar a todo el mundo con atención, y Siete habría jurado que veía dentro de su cerebro. Como la mayoría de gente, la Abuela iba vestida de negro, pero la tela de su largo abrigo negro había sido hechizada para parecerse al cielo nocturno.

Era famosa por su abrigo, que contenía objetos mágicos y cambiaba de color como el cielo. La más espléndida de las imágenes era una en la que aparecían las estrellas y la luna girando las unas alrededor de la otra en un cielo reluciente, una oda al nombre real de la abuela, Knox, una palabra antigua que significaba *noche*. Por debajo de su sombrero puntiagudo caía la cascada de trenzas grises que siempre se hacía en los meses más fríos. Cuando hacía calor, se dejaba suelta la tupida melena rizada.

—Soy Espina —se presentó la niña que Siete tenía al lado.

Siete la miró de reojo y se fijó en su pelo negro y liso con flequillo, y en su cara redonda, pálida y de labios rojos y carnosos. Era mucho más baja que Siete, menuda en todos los sentidos. Incluso sus pies eran pequeños; parecía que sus zapatos medían menos de la mitad de una seta venenosa de largo. A pesar de lo oscura que era la noche, vio que sus ojos eran de un azul intenso y oscuro. En el sombrero llevaba unos alfileres pequeños, como los que usaban las costureras para que la tela no se moviera. Era interesante que se llamara Espina, porque parecía una rosa y también estaba siendo un auténtico incordio.

—Debes de ser la chica nueva —dijo Siete.

Espina asintió tan deprisa que su sombrero de bruja estuvo a punto de salir volando.

—Estoy bastante nerviosa —afirmó Espina.

Siete suspiró.

—Hola, soy Siete Salazar. Me parece que empezaremos dentro de nada.

—Sí, sí, es verdad —corroboró Espina, e hizo el gesto de cerrarse los labios y tirar la llave.

Transcurrieron unos instantes en silencio.

—Encantada de conocerte, por cierto. ¿En qué aquelarre quieres que te pongan? —susurró Espina, olvidando casi de inmediato su boca cerrada con llave.

Por suerte, la Abuela alzó los brazos y la multitud guardó silencio, evitando que Siete tuviera que contar una mentirijilla y responder que cualquiera de ellos sería una bendición. Desde el momento en que empezaban su entrenamiento mágico, se les decía, una y otra vez, que su aquelarre era su destino y que, si eran ingratos con los dones del destino, este los maldeciría con la mala suerte. O incluso con algo peor que la mala suerte: si de verdad no aceptabas la casa que te habían asignado, entonces no podrías unirte a tu aquelarre durante la ceremonia. Seguirías siendo una witchling para siempre. Pero hacía muchos años que eso no sucedía.

—Esta noche se celebra la ceremonia de la Luna Negra número doscientos cincuenta en la ciudad de Matacuervos —empezó a decir la Abuela.

Todo el mundo aplaudió cortésmente. Enfrente de Siete se encontraban los padres de Valle. Llevaban abrigos de aspecto caro con líneas muy marcadas y guantes de cuero. Estaban tensos y miraban a Valle con mucha intensidad. Después de cada una de las proclamas de la Abuela, cuando todos los demás vitoreaban en voz alta, ellos apenas aplaudían, como si aquel fuera el evento más aburrido del mundo. Valle tenía un aspecto horrible, pero eso era lo habitual en ella. Se encontraba frente a Siete en el círculo de jóvenes brujas, con el ceño fruncido, el pelo metido detrás de las orejas y el sombrero puesto de cualquier manera en la cabeza.

—Estoy muy muy nerviosa —volvió a susurrarle Espina.

Siete se obligó a no alejarse de ella. En vez de eso, con los dientes apretados, le advirtió:

—Deja de hablar o te maldeciré para que seas la novia de mi sapo.

Eso hizo que se callara, al menos por el momento.

—Y ahora —exclamó la Abuela—, la razón por la que estamos todos aquí reunidos esta noche. La formación de los aquelarres.

Si antes se oía un murmullo quedo por toda la plaza, ahora solo había un silencio mortal.

—¡Witchlings, preparad vuestros amuletos!

Con un revoloteo colectivo de tela, las veintiocho brujitas sacaron sus amuletos de cristal, que colgaban de cuerdas negras alrededor de sus cuellos, y los sostuvieron frente a sus caras.

—Ahora, entonad el hechizo conmigo.

Todos elevaron las voces a la vez, recitando la canción de la Luna Negra que se sabían desde siempre pero que tenían prohibido cantar en voz alta hasta esa noche. A Siete, el corazón le dio un vuelco cuando empezó a cantar:

En un aquelarre, cinco tienen cabida
tanto en muerte como en vida,
para creer,
proteger,
nunca dudar
ni descuidar.
Unidas por nuestra magia
antes de la Luna Negra.
Unidas por un círculo

porque todo círculo
la perdición destierra.

Cuando esas últimas palabras abandonaron sus labios, un humo morado salió de sus bocas y bailó en el centro del círculo, justo sobre la cabeza de la Abuela. Luego, con un movimiento de su varita, envió el humo directamente hacia los amuletos, que empezaron a girar y vibrar. El amuleto de Siete dio vueltas como loco, y ella cerró los ojos para rogar una última vez que le concedieran aquello por lo que había rezado siempre que pensaba en esa noche: «Por favor, que se vuelva púrpura». A su alrededor empezaron a formarse los aquelarres. Cinco amuletos adquirieron el tono aguamarina brillante del aquelarre de sus padres.

—Casa de las Estrellas —dijo la Abuela—. Brillantes, hermosos, generosos con todos.

Las witchlings chillaron, echaron a correr juntas y se dieron la mano para formar su propio círculo. Serían una nueva ala, un aquelarre de cinco brujas, parte de la Gran Casa de las Estrellas, que acababa de hacerse más grande.

Los colgantes de otro grupo se tiñeron del intenso tono negro de la obsidiana: la Casa de la Polilla.

—Amigos misteriosos, macabros y fiables —entonó la Abuela, y recibió enormes vítores de la multitud, entre los que se encontraban unos cuantos padres que parecían haber muerto la semana anterior.

La Casa de la Polilla era el aquelarre más espeluznante. Aunque Siete admitía que el pintalabios negro y el maquillaje pálido que llevaban eran bastante geniales. Estaba un poco sorprendida de que Valle no hubiera acabado en la Casa

de la Polilla, pero seguro que era porque no encajaba en la parte de ser una amiga fiable.

Las witchlings se abrazaron y se unieron a su nuevo aquelarre con alegría, y durante todo ese rato, Siete esperó, mirando a Amapola con ansiedad. A continuación, se unieron a su aquelarre aquellos cuyos colgantes emitieron un brillo esmeralda, el color de la Casa de la Rana (centradas, frugales y sinceras hasta el final). Y ya solo quedaban dos aquelarres por formar antes del de las brujas de repuesto. Siete sabía que esa noche habría tres brujas de repuesto. Tendría sentido que Valle fuera una de ellas, ya que siempre iba retrasada en todas las asignaturas y no tenía ningún amigo. Había unos pocos niños en su clase que nunca encajaban, y Siete podía imaginárselos acabando en el aquelarre de repuesto.

Una niña llamada Luz de Estrella gritó cuando su amuleto empezó a brillar con un color morado. «Allá vamos», pensó Siete. La Casa del Jacinto. Su casa.

El siguiente fue un niño llamado Can, que Siete sabía que era un diminutivo de Huracán. Siete y Amapola se miraron, y Siete tuvo que contener una risita, emocionada por ver cómo sus amuletos se volverían morados.

Una chica que conocía de su clase, una que siempre la ignoraba y cuyo nombre no conseguía recordar, fue elegida junto a su mejor amiga.

El corazón de Siete dio un horrible vuelco cuando las dos amigas se miraron, encantadas. Solo quedaba una plaza. Bajó la mirada hacia su propio amuleto, que no tenía color, y luego miró a su mejor amiga: el amuleto de Amapola emitía un brillo púrpura.

Amapola puso cara de horror al mirar a Siete, todos sus

planes de ser hermanas de aquelarre se habían venido abajo. Rectificó a toda prisa, le dedicó a Siete una pequeña sonrisa y se alejó para unirse a su nuevo aquelarre. Siete sabía que Amapola no podía traicionar su asignación. Incluso la más mínima duda sobre el aquelarre que te habían asignado podía acabar en desastre y evitar que este se formara.

Eso no hacía que doliera menos.

—¡Casa del Jacinto! —exclamó la Abuela—. ¡Valientes, virtuosos, siempre poderosos!

La Casa del Jacinto recibió los vítores más fuertes hasta el momento y ella por fin asimiló la horrible verdad.

¡No, no, no! ¡Aquello no podía estar pasando! Se suponía que Siete debía estar con Amapola; eso era lo que habían planeado: se suponía que las mejores amigas debían acabar juntas. Entonces, ¿por qué ellas no? «A ver, Siete, respira». Por lo menos, todavía quedaba otro aquelarre. Siete estaría en la Casa del Ganso. Se concentró, respiró hondo e intentó no inquietarse mientras una preciosa tonalidad perla iluminaba un amuleto, luego otro.

Una cuarta witchling entró en el aquelarre del Ganso y ya solo quedaba un amuleto. Siete contuvo el aliento… Pero cuando el último amuleto se iluminó de un blanco brillante, no fue el suyo.

—¡Casa del Ganso! —dijo la Abuela—. Inteligentes, caóticos… ¡Casi siempre buenos!

Los alegres chillidos de los otros aquelarres se convirtieron en susurros y suspiros de alivio, pensó Siete mientras se encogía. Todos se sentían felices de no ser ella. La vergüenza la inundó y se alegró de que fuera de noche, así nadie vería lo rosas que se le ponían las mejillas cuando se sentía avergonzada.

El amuleto de Siete se tiñó del color rojo fangoso del aquelarre de repuesto y ella cerró los ojos con fuerza, deseando poder desaparecer. Le dolía la tripa, como si hubiera comido algo podrido, pero por lo menos mantuvo a raya las lágrimas. Siete abrió los ojos cuando se dio cuenta de que estaba demasiado concentrada en su propio pánico para fijarse en quién se encontraba en su misma situación, quien compartía la vergüenza de haber quedado en último lugar. Siguió el brillo rojo de su amuleto hasta el que tenía justo al lado, el de Espina. Presa del pánico, escaneó el círculo hasta que localizó el inconfundible brillo rojo que provenía… de Valle. El amuleto de Valle Pimienta brillaba de un rojo intenso y una mueca burlona adornaba su cara.

Valle no, cualquiera menos Valle. Incluso su sapo sería mejor opción, pero aquella era la horrible realidad.

Solo tres brujas inadaptadas, rodeadas por un resplandor rojo, y la inconfundible certeza de que Siete era una bruja de repuesto.

CAPÍTULO 2

WITCHLINGS PARA SIEMPRE

—¡QUÉ EMOCIONANTE! —exclamó Espina mientras las tres brujas formaban su círculo para completar la ceremonia.

—No es emocionante. Somos las brujas de repuesto. Todo el mundo se ríe de nosotras —dijo Siete acalorada.

Todos los futuros aquelarres se colocaron en círculos alrededor de la plaza, esperando a que la Abuela sellara sus destinos.

Técnicamente, seguían siendo witchlings hasta que sellaran su círculo y se consolidaran como un verdadero aquelarre. Todos los aquelarres tenían que sellarse con un contrato mágico, para contener la magia y a las brujas dentro de sus propios círculos. Su propósito era evitar que cualquiera añadiera más miembros al aquelarre o acabara siendo demasiado poderoso. Aunque Siete no podía evitar pensar que, como bruja de repuesto, ya no tendría que preocuparse por ser poderosa.

Valle estaba ahí mismo, con expresión engreída. ¿Por qué estaba presumiendo de *aquello*?

Exasperada, Siete dio las manos a las dos jóvenes brujas que estaban a su lado. Sintió un escalofrío al cerrar los dedos alrededor de la mano gélida y húmeda de Valle. Por supuesto que parecía un vampiro de sangre fría. Sería toda una sorpresa que Valle Pimienta resultara tener corazón.

Siete no pudo evitar sacudir la cabeza, incluso mientras veía que los aquelarres que las rodeaban empezaban a cerrarse.

—Estáis chaladas. ¿Cómo os puede parecer bien esto? Ser una bruja de repuesto es… es… ¡lo peor que podría suceder! —exclamó Siete. Soltó las manos de las otras witchlings—. A lo mejor es que ninguna de las dos lo entiende, pero ser una bruja de repuesto significa que seremos las marginadas de la ciudad durante toda nuestra vida. —Siete recalcó cada punto con un dedo—. No practicaremos magia avanzada. No volaremos. Lo más probable es que acabemos trabajando para una de esas horribles familias de…

Siete miró a Valle antes de terminar la frase que tenía en la cabeza: una de esas horribles familias de la Colina. Valle se limitó a encogerse de hombros, seguía pareciendo desconcertantemente engreída, y a Siete le entraron ganas de gritar.

—Sigue sin ser lo *peor* del mundo. Y se supone que no debemos dudar de nuestro aquelarre ni ser unas desagradecidas. Como no lo recuerdes pronto, no podremos cerrar nuestro círculo —advirtió Espina—. Además, nunca he tenido *dos* amigas *a la vez* —dijo Espina casi susurrando—. Sé que ser una bruja de repuesto no es lo mejor, pero si no tuviéramos ningún aquelarre, seguiríamos siendo witchlings.

El pánico atenazó la garganta de Siete. Sabía que Espina tenía razón y que debía cambiar de actitud si no quería ser una witchling para siempre: brujas que nunca formaban parte de un aquelarre. Brujas que perdían su magia por completo.

Siete respiró hondo y soltó el aire. No podía permitir que eso sucediera, pero el miedo le hacía sentir pinchazos en la piel. Ya era bastante malo estar atrapada en un aquelarre de brujas de repuesto, pero ser una witchling para siempre era lo más horrible que le podía pasar a cualquier habitante de las Doce Ciudades. No tener magia significaba que todos los años de entrenamiento y trabajo duro para aprenderse los hechizos no habrían servido de nada. No tendría ninguna posibilidad de conseguir el trabajo de sus sueños como reportera para el periódico de su ciudad, *El Graznido del Cuervo*. Ese trabajo requería magia de nivel cinco: encantamientos avanzados y hechizos que las brujas de repuesto rara vez lograban, pero que eran imposibles para las witchlings eternas. Su situación sería aún peor que la de ese momento, la despojarían de todos sus poderes mágicos, de todas sus habilidades actuales y nunca podría aprender nada nuevo. Siete creía que ser una bruja de repuesto era su peor pesadilla, pero nunca había considerado lo que le pasaría si fuera una witchling para siempre. Eso sería infinitamente peor.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó Siete—. Es que tenía muchas ganas de estar en mi aquelarre.

—Bueno, nosotras somos tu aquelarre —intervino Valle, hablando por primera vez.

Siete y Espina se quedaron mirando a aquella niña tan extraña. No se parecía a ninguno de los otros niños de la

Colina, con su ropa de color pastel, su pelo bien peinado y sus sonrisas resplandecientes. No, Valle era todo lo contrario. Por un lado, era alta, mucho más alta que Siete o Espina, y seguramente era la más alta de todos los niños de su clase. No era raro que las brujas vistieran de negro, de hecho, era el color favorito de Siete, pero Valle nunca llevaba nada de otro color. Siempre lucía una camiseta negra, vaqueros negros, botas negras y suéter negro. Llevaba la raya del ojo negra, siempre se pintaba las uñas de negro y, a veces, incluso el pintalabios que usaba era negro, igual que el de las brujas de la Casa de la Polilla. La madre de Siete nunca la dejaría usar pintalabios y aún menos si era negro. El único toque de color en Valle era su pelo rosa oxidado. Era del tono de una rosa seca y a Siete le parecía superbonito. Siempre había deseado que sus padres la dejaran usar tinte mágico.

La Abuela se aclaró la garganta y todos guardaron silencio. Levantó su varita y empezó a pronunciar el hechizo de sellado. Ya no había vuelta atrás: cuando lo lanzara y el círculo de Siete se cerrara, quedarían atadas de por vida. Qué fastidio.

De witchling a bruja,
que los círculos se sellen,
que los aquelarres se cierren
y se revele la verdadera amistad.

Siete sintió una oleada de magia, cálida y fuerte, que le atravesó el cuerpo mientras los amuletos brillaban con fuerza y empezaban a girar. Hizo todo lo posible para no mirar a los otros aquelarres, pero era difícil no ver como el negro, el

aguamarina, el verde, el blanco y (sintió que se mareaba) el púrpura formaban un precioso círculo alrededor de cada uno de los aquelarres y luego creaban una explosión de color que indicaba que la ceremonia había llegado a su fin. Siete esperó a que el círculo sobre el aquelarre de repuesto hiciera lo mismo, pero pasaron los segundos y, luego, los minutos, y seguía sin ocurrir nada. Los vítores de los demás aquelarres se desvanecieron y el silencio aumentó a su alrededor hasta que se convirtió en un monstruo hinchado a punto de estallar. Siete sintió que el pánico le inundaba el pecho y tuvo que mantener los ojos fijos en su amuleto, sin concentrarse en nada más, para evitar llorar.

Se empezaron a oír susurros de preocupación y luego risitas disimuladas cuando la Abuela levantó su varita por fin, lista para poner fin a la ceremonia. No podía dar aquello por terminado, todavía no, por favor, no. En el momento en que la Abuela agitara la varita en el aire tres veces, la ceremonia terminaría y, si el círculo de Siete no estaba cerrado, seguirían siendo witchlings para siempre. Siete perdería su magia.

—Tengo ganas de vomitar —dijo Siete.

Valle guardó silencio y Espina parecía estar preocupada por el dobladillo de su enorme túnica negra y roja. La Abuela agitó la varita una vez, dos veces y…

—¡Un segundo! —gritó Siete y se oyeron varios jadeos entre la multitud.

Nadie interrumpía a la Abuela.

—¿Estás chalada? —le preguntó Valle con los dientes apretados.

A pesar de su miedo, a Siete estuvo a punto de escapársele una sonrisa. Así que *sí* había algo que le importaba a Valle.

Tenía miedo de la Abuela. La anciana enarcó una ceja en su dirección, pero mantuvo la varita levantada, en mitad de un movimiento. Parecía estar examinándola y a Siete le preocupó que la Abuela pudiera ver todas las dudas y el miedo en su mente. Despacio, muy despacio, bajó la varita.

—Siete Salazar. —Le llegó la voz de la Abuela, fuerte y resonante en la fresca noche de otoño—. Un paso al frente.

Siete localizó a sus padres entre la multitud y ellos asintieron para darle coraje, pero vio preocupación en sus ojos. Fortachón puso la cara que siempre ponía cuando estaba haciendo caca. Qué asco. Siete dio un paso adelante y Valle la agarró del brazo; el frío de su mano helada traspasó la tela de la sudadera con capucha que llevaba Siete.

—¿Qué estás haciendo, Salazar? ¿Intentas que nos destierren de la ciudad? —le preguntó en voz baja, con prisas, con desesperación.

—Relájate. Sé lo que hago.

Siete *no* tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Se acercó al centro de la plaza y miró a la Abuela. Resultaba aún más intimidante de cerca, como un mar de tela negra y estrellas centelleantes. Como una diosa. A Siete le lloraron los ojos solo con mirarla.

—Abuela —Siete proyectó la voz tanto como pudo.

Intentó sonar segura a pesar de los nervios que sentía. Quería correr de vuelta a casa y esconderse debajo de las sábanas de su cama para siempre. O que el suelo se abriera en ese mismo instante y se la tragara entera. Eso sería bastante conveniente.

Pero no huiría y no había nada que fuera a salvarla en aquel momento. Tenía que hacerlo ella misma.

—Abuela —repitió, dibujando un círculo en el aire con la mano y llevándosela al pecho en señal de respeto.

La Abuela se llevó las yemas de los dedos a la boca y luego apuntó con ellos a Siete: una bendición. Podía hablar.

—Siento mucho la interrupción, pero me gustaría invocar la cláusula de la tarea imposible.

A su alrededor, la multitud jadeó, pero Siete siguió adelante, sin desanimarse.

—Como sabemos, cualquier bruja tiene derecho a invocar esta cláusula para salvarse a sí misma y a su aquelarre de ser witchlings para siempre. Sé que no se usa a menudo y sé que la misión que nos encargarán es imposible, pero estoy dispuesta a intentarlo.

La Abuela enarcó su otra ceja, por lo que ambas le quedaron en lo más alto del rostro, y parecía igual de divertida que sorprendida.

—Uy —exclamó Espina desde algún lugar por detrás de Siete.

Valle se limitó a gruñir.

La cláusula de la tarea imposible no debía invocarse a la ligera. Concedía la oportunidad de cerrar un círculo si se completaba una tarea imposible. Imposible porque, en toda la historia de las Doce Ciudades, solo un aquelarre de los ocho que habían invocado la cláusula lo había conseguido. Pero Siete tenía que intentarlo. Si las proclamaban witchlings para siempre, no volverían a tener nunca la oportunidad de ser brujas completas. Era su única opción.

—Has dicho que *tú* estás dispuesta a intentarlo, Siete, pero en un aquelarre solo existe el *nosotros*. ¿A tu aquelarre le parece bien? —preguntó la Abuela.

Siete se dio la vuelta, con expresión suplicante y el corazón acelerado. Valle estaba frunciendo el ceño y tenía los brazos cruzados. Espina, con las manos cerradas en puños, se estaba mordiendo el labio inferior, pero asintió con entusiasmo.

—Es mejor que ser siempre una witchling —dijo Espina—. Yo voto por que lo hagamos.

Siete sonrió y se giró hacia Valle, expectante. Valle se encogió de hombros.

—De acuerdo. Ya somos lo peor. No pasará nada por intentarlo.

Siete le dedicó a Valle una sonrisa reacia y se giró hacia la Abuela.

—Mi aquelarre está de acuerdo, Abuela.

—Muy bien. Tenéis mi bendición. Consultaré con el Oráculo y os comunicaremos vuestra tarea en las próximas horas.

Siete tragó saliva. Apenas se había acostumbrado a la idea de ser una bruja de repuesto; ahora tendría que afrontar una tarea imposible. ¿Tendrían que construir una embarcación que pudiera navegar y hallar a la esquiva criatura del río Pantano de la Arpía? ¿Encontrar plantas invisibles? ¿Derrotar a un hechicero en un duelo mágico? ¡Podrían pedirles cualquier cosa!

—Os comunicaré vuestra tarea imposible de acuerdo con las leyes de las Doce Ciudades. Hasta entonces, seguiréis siendo witchlings.

La Abuela hizo un gesto para que las brujas de repuesto se adelantaran y, mientras estaban allí en fila, dibujó una X gigante sobre sus cabezas, sellando el contrato con magia hasta que empezara la tarea imposible. Y luego solo tendrían

tres semanas. Tres semanas para resolver un misterio, tres semanas para completar la misión, tres semanas para arreglar aquel lío o perderían su magia y seguirían siendo witchlings para siempre.

Siete miró a Valle y a Espina. No estaba segura de cómo se suponía que debía completar la tarea con la ayuda de la chica que se metía con ella y alguien a quien ni siquiera conocía. Lo que sí sabía era que nunca había renunciado a nada y que era inteligente, capaz y que, por muchos obstáculos que se interpusieran en su camino, Siete estaba lista para superarlos.